

mo vice-patrono de todo aquel reino por lo que toca á lo gubernativo de él, mandó que aquel despacho sirviese de título en forma para la fundacion de dicho Seminario. Con dicha licencia en 28 de julio del mismo año de 1696 se tomó posesion de las casas que hacian esquina con la puerta reglar de dicho colegio, y en que fueron introducidos por primeros seminaristas y fundadores D. Diego Alcázar, D. Gerónimo Montes de Oca, D. Ignacio de Soto Zevallos, D. Francisco y D. Cristóbal Mazariegos, D. Miguel Ruiz Galindo, D. Pedro Perez de Vergara, D. Pedro de Tápia y Palacios, y D. José Lopez de Mercado.

Hostilidades en las misiones de las naciones confederadas.

Entre tanto proseguian en las misiones del Septentrion los continuos sustos y hostilidades de las naciones confederadas, janos, jocomes y apaches. Agregáronseles por algun tiempo algunas rancherías de conchos; pero reprimidos oportunamente por el teniente Antonio de Soliz, y ajusticiados algunos en Nacorí, donde habian cometido los primeros insultos, se sosegaron bien presto. Aun causó mayor cuidado la voz que corrió no sin fundamento ya á los fines del año, que se habian convocado para una sublevacion general todos los pueblos de Taramara y de Sonora. Era la alma de esta conspiracion un indio apóstata llamado *Pablo Quihue*, gobernador que habia sido del pueblo de santa María Basieraca, indio ladino, demasiadamente verboso, y naturalmente elocuente, capaz de dar grande apariencia de verdad á los asuntos mas inverosímiles, enemigo oculto de los españoles, y tanto mas temible quanto sabia segun las circunstancias reprimir su rencor y encubrirlo con el mas profundo disimulo. Este comenzó á esparcir entre su gente rencores sediciosos. Deciales que habiéndose los de Sonora sometido voluntariamente á la direccion de los padres, poco á poco en sesenta años se habia llenado la tierra de soldados, de presidios, de haciendas y de familias de españoles, que en lugar de agradecerles el beneficio de haberlos recibido en su pais, se apoderaban del terreno, y aun de sus personas para servirse como de esclavos. Que sus vacas, carneros, caballos y aun sus mugeres y sus hijos habian de estar á su disposicion. ¿De qué nos sirven (decia) sus presidios y sus armas? ¿No nos dicen á cada instante que son para defendernos? ¿No nos dicen que vivamos tranquilos en la verdadera religion, en la obediencia del rey y en vida política y civil? Esto nos cantan en sus primeras entradas. Nosotros, insensatos, los recibimos como unos hombres venidos del cielo para nuestro bien. Pero ¿cuál

es el cumplimiento de estas magnificas promesas? Ya lo veis. Muchos años ha que asolan nuestro pais los apaches, los jocomes y los janos, talan nuestros campos y roban nuestros ganados. ¿Y nos han defendido sus presidios? ¿Nos han protegido sus armas, ó por mejor decir, no les ha sido este un medio para destruirnos? ¿Han sido mas los sonoras, los pimas, los taramares, los conchos que han muerto á las flechas de los apaches que los que han perecido inhumanamente á sangre fria á manos de los españoles? Al menor ademán que ven ó imaginan ver en nosotros los ya reducidos, luego somos apóstatas, traidores á Dios y al rey, enemigos de la pátria, parciales de los apaches, ó partícipes y cómplices de sus robos. Al instante se arman contra los desarmados, queman, ahorcan, degüellan. ¿Se hace otro tanto con los apaches y con los sumas? ¿Les han visto muchas veces la cara á estos valientes? ¿Les han quitado muchas presas? ¿Harian mas en nuestro daño nuestros enemigos que lo que hacen nuestros protectores? ¿Tales eran los discursos de este apóstata! † Veri-similmente si se hubieran seguido sus disposiciones y sus consejos habria acabado con todo el nombre español y con toda la cristiandad de aquellas vastísimas provincias; pero una particular providencia permitió que encendidos los ánimos demasiadamente con semejantes razonamientos, los pueblos de Cuquiarachi, Cuchuta y Teuricatzi prorumpieran antes de tiempo, sin dar lugar á madurar sus perversos designios. Los moradores de los dichos pueblos repentinamente se apoderaron de todos los ornamentos, alhajas de iglesia y demas cosas portátiles, y huyeron á los montes.

Esta precipitacion trastornó todas las ideas y medidas del *Quihue*. Luego que se supo se pusieron en camino las compañías, y apenas acababan de respirar de la espedicion de los conchos. El general D. Domingo Gironza, y los capitanes D. Juan Fernandez de la Fuente y D. José Zubiarte, que se hallaban mas cercanos acudieron con diligencia: esta no impidió del todo; pero á lo menos disminuyó en gran parte el daño, haciendo que se sofocase sin reventar mucho material

† Permítame la respetable sombra del padre Alegre le diga, que este razonamiento es exacto, y que Ciceron en el caso del indio *Pablo Quihue* no lo habria hecho mejor, mas elocuente, ni mas cierto. Fué una proclama que con razon conmovió aunque desgraciadamente á los demas indios. Los españoles les ofrecian dar el cielo, pero les quitaban la tierra y la libertad, justos motivos para alzarse.—
EE.

1697.

de aquella mina. Por lo que mira á los pueblos alzados, por tres ocasiones diferentes obligados de la necesidad, prometieron la paz y volvieron á sus pueblos, nunca con sinceridad y buena fé segun manifestó el suceso, hasta que finalmente en el dia de la immaculada Concepcion, vino á conseguirse una paz firme y constante, despues acá en los dichos pueblos de Taraumara. Algunos otros, juntos con los sonoras á cargo del cacique D. Pablo, perseveraron mas tiempo en la desercion y no vinieron á rendirse hasta cuasi mediado del año siguiente de 1697. Pudo mucho para su perfecta reduccion el valor de los taraumares, serranos, guasaparis y cutecos, antiguos discípulos del padre Juan María Salvatierra. Estos buenos néofitos no solo no accedieron á los perversos consejos de sus naturales, sino que antes en número de setecientos (segun escribe el mismo padre) acometieron á los amotinados con pérdida de solo ocho de los suyos, y muchos de los enemigos. † Empezaron esta accion sin socorro alguno de los españoles, y con igual obstinacion de una y otra parte. Duró la batalla desde la mañana hasta la noche: fueron todos á la guerra (dice en carta propia el padre Salvatierra) con su rosario, y fué cosa que notaron aun los mismos indios que ninguno quedó herido de la cintura arriba, con lo que se enfervorizaron mucho en la devocion del rosario, y tenian á gloria grande los parientes de los difuntos en habérseles muerto alguno de los suyos en defensa de la fé. Hasta aquí el padre Salvatierra, que por este tiempo se hallaba ya en la costa de Sinaloa esperando ocasion de trasportarse á su amada California. El modo sensible con que el cielo favoreció esta empresa necesita de mas circunstanciada relacion.

Luego que el padre Juan María se vió autorizado con la licencia del padre provincial para emprender aquel viage, no pensó mas que en buscar como se le mandaba los socorros necesarios. Entre muchas ricas y piadosas personas que ya desde antes le habian ofrecido su ayuda, juntó en breve tiempo la cantidad de *catorce mil pesos*. Se singularizó la piedad de los nobles señores D. Alonso Dávalos, conde de Miravalle, y D. Mateo Fernandez de la Cruz, marqués de Buena-vista, que dieron luego cada uno mil pesos efectivos. De los otros trece mil los tres se juntaron efectivos, y los diez en promesas de dife-

† Esta ha sido la política de los españoles, sojuzgar á los indios con sus hermanos, y de los ingleses en la India con los cipayos.—EE.

rentes republicanos. D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, prometió una galeota para el transporte, y dió desde luego á la mision una lancha grande. A costa de no pocas vergüenzas y desaires que tuvieron que tolerar al principio los padres Salvatierra y Juan de Ugarte, que se le dió desde luego por compañero, juntaron otros *nueve mil pesos* que ofrecieron algunos piadosos para los cinco primeros años. La ilustre congregacion de los Dolores, fundada en el colegio de México algunos años antes, á diligencia del padre Vidal su fundador, y primer prefecto, dió *diez mil pesos* para que con sus réditos se sustentase uno de los misioneros, y para otros dos dió veinte mil. D. Juan Caballero de Ocio, presbítero de Querétaro, de quien hemos ya hablado en otra parte, y á cuya magnífica piedad eran deudoras cuasi todas las obras de la gloria de Dios que se emprendian en su tiempo, no contento con esta cuantiosa limosna, ofreció al padre Salvatierra pagar cuantas libranzas viniesen de Californias firmadas de su mano. Sobre tan sólidos cimientos se pasó á pretender del Exmo. Sr. D. José Sarmiento y Valladares, conde de *Mochtezuma*, que ya desde fines del año antecedente gobernaba el reino, la necesaria licencia para aquella expedicion. El fiscal del rey se opuso fuertemente, fundado en las últimas cédulas reales que vedaban intentar de nuevo cosa alguna en California. El padre Salvatierra respondió breve y sólidamente, que la intencion de S. M. no era ni podia ser cerrar las puertas de la salud á los infelices californios: que la prohibicion era para el tiempo que durase la rebelion de los taraumares, en atencion á los grandes costos que las dos cosas juntas causarían al real erario: que en la actualidad ni habia guerra alguna en aquellas provincias ni en la conquista intentada de Californias se gastaba ó pedia cosa alguna al fisco real. En consecuencia de esta representacion en dia 5 de febrero, concedió el señor virey su licencia para que los padres Salvatierra y Eusebio Kino pasasen á llevar á la California la luz del Evangelio, sin que por tanto gastasen ni cobrasen cosa alguna del real erario. Se les mandaba tomar posesion de la tierra en nombre de S. M. católica: concediase á los padres que pudiesen nombrar justicias entre los mismos naturales para el gobierno político; que pudiesen llevar á su costa soldados de escolta, elegir cabos y removerlos, dando cuenta á su excelencia, y que dichos cabos y soldados gozasen todas las exenciones y privilegios de los demas presidiarios.

Este despacho se entregó al padre Salvatierra el dia 6 de febrero,

ob. 1697
 no. 1697
 la. 1697
 1697

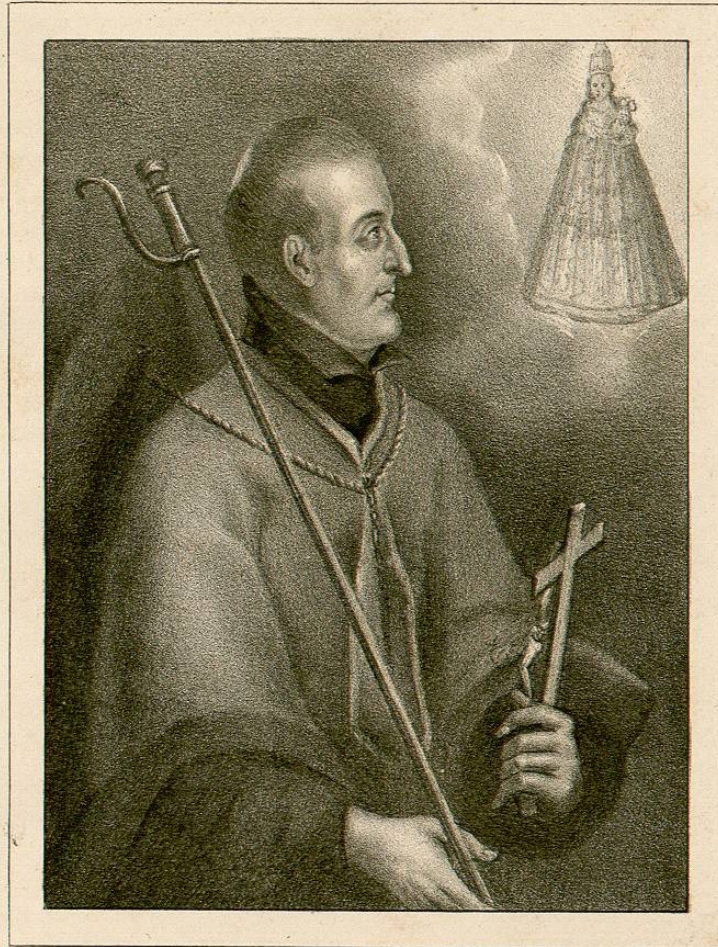
Concedese al
 padre Salva-
 tierra por el
 virey que pa-
 se á las Cali-
 fornia.

y al siguiente dejando por procurador de los negocios de la mision al padre Juan de Ugarte, salió de México á entregar el colegio de Tepotzotlán al padre Sebastian Estrada. Por semana santa llegó á Sinaloa, y no permitiéndole su celo estar ocioso aquel tiempo que tardaba la galeota en llegar de Acapulco á la embocadura del Yaqui, pasó á visitar á sus antiguos hijos los baroios, guazaparis y serranos que halló muy firmes en la fé. Ya volvia cuando tornó á encenderse en los taraumares el fuego de la sedicion, de que hablamos poco antes. El padre Salvatierra llevado de su caridad voló al consuelo de los padres Nicolas de Prado y Martin Venavides, con grandes peligros (dice el mismo padre) de asaltos y rebates continuos, tanto que la víspera de nuestro santo Padre creí que era el último de mi vida. En 16 de agosto salió para la costa, donde el 14 despues de no pequeños riesgos habia llegado la galeota. Mientras se proveen de nuevos bastimentos y se espera al padre Kino que estaba en la Pimería, y que finalmente no pudo ir, pasaron cerca de dos meses hasta el 10 de octubre en que honra la Iglesia la memoria del santo fundador de la provincia de México, y en que sin esperar á otro nuevo compañero se hicieron á la vela. La tropa de los conquistadores se reducía, fuera del padre, á ocho personas, cinco españoles y tres indios. Algunos otros que quisieron acompañarle los detuvo el alzamiento de los taraumares en aquella provincia. Al tercero dia de viage, sábado, y dedicado particularmente á la Virgen santísima en la santa imágen del Pilar de Zaragoza, dieron vista á la California, aunque no desembarcaron enteramente, y de asiento, digámoslo así, hasta el siguiente sábado 19.

Numero de personas con que entra el padre Salvatierra en California, año de 1697.

Desembarca y toma posesion de la tierra en nombre del rey de España.

Para el establecimiento de este real prefirieron la bahía de San Dionisio á la de San Bruno, donde apenas hallaron reliquias del antiguo real del almirante Atondo. Dentro de pocos dias colocaron en una tienda de campaña la santa imágen de Loreto, de que tomó despues el nombre aquella poblacion, y se tomó solemne posesion de la tierra en nombre de la magestad católica. El padre Salvatierra hacia á las veces diversísimos oficios, de gobernador, de capitán, de padre de familias, de capellan, y si se ofrecia, de cargador y cocinero, sazizando por sus mismas manos el maiz y pozole que diariamente repartía á los gentiles para atraerlos á la doctrina. Esta rezaba cada dia con ellos por una especie de catecismo que habia trabajado el padre *Kopart*, y entretanto iba poco á poco haciéndose dueño de su idioma. Los pri-



EL P. JUAN M.^o SALVATIERRA.

Operario de la viña del Señor por más de cuarenta años. Con cinco Españoles, tres Indios, un crucifijo, y una imágen de N.^a S.^a de Loreto, ocupó la California el dia 16 de Octubre del 1697. Region que se habia hecho impenetrable á las armas españolas por más de ciento setenta años.

Murió en Guadalupe de Jalisco, en 19 de Julio de 1717.

meros dias se pasaron con alguna tranquilidad hasta que vuelta al Yaqi la galeota, la codicia de apoderarse de todo el maiz, tentó á los salvages, de suerte que resolvieron deshacerse de los pocos que lo guardaban. A costa de algunos sustos se pasaron los dias primeros de noviembre, avisado siempre el padre Salvatierra por un cacique enfermo de quien hablaremos luego. En dicho dia 13 poco despues de medio dia, acometieron por cuatro partes los indios, divididos en otras tantas naciones, de laimones, monquiscaves y diduis. Comenzaron á llover dentro de la trinchera piedras y flechas. Los pocos defensores, por consejo del padre Salvatierra, ó no se valian de las armas de fuego, ó disparaban al aire solo para atemorizar á los indios. Prosiguieron de esta suerte cerca de dos horas, hasta que ó de cansados, ó para tomar nuevo aliento, cesaron como un medio cuarto. Despues de esto volvieron á la carga con mayor furia y algazara. A los nuestros, que solo habian estado sobre la defensiva, les fué ya forzoso asegurar los tiros. El alférez D. Luis de Torres que mandaba la accion dió órden que se disparase un pedrero que habian traído de la galeota; pero reventó este con grande peligro del artillero y del padre Salvatierra y mayor atrevimiento de los sitiadores: decian que si no mataba el pedrero grande, menos daño harian los pequeños fusiles. En esta confianza avanzaron ácia la trinchera, como seguros ya de la victoria, con el mayor esfuerzo. Ya cuasi estaban á tiro de fusil cuando el padre Juan María, que no podia resolverse á ver morir á alguno de ellos sin bautismo, avanzó algo ácia ellos exhortándolos á sosegar-se y apartarse de allí. A este amoroso consejo respondieron con tres flechazos, que por misericordia del Señor no le hicieron algun daño. Retiróse el padre, y estando ya los bárbaros á las manos, fué preciso hacerles fuego. Comenzaron á caer por todos cuatro lados, heridos muchos y algunos muertos, con tanto asombro de los demas, que al instante como de concierto los cuatro trozos volvieron las espaldas y ganaron el monte. No se aseguraban aun los muertos, y antes se prevenian para algun nuevo avance, cuando vieron venir ácia el real al cacique enfermo, y á poco rato una tropa de mugeres afligidas y llorosas trayendo en señal de paz á sus hijillos, que aun quisieron dejar algunos en el real. Se admiraron mucho de ver que ninguno de los nuestros hubiese muerto ó quedado aun levemente herido, porque dos que lo estaban pudieron con facilidad disimularlo. De nuestra parte se pasó la noche con extraordinario consuelo de todos dando

Acometen los californios á los que habian desembarcado y son rechazados.

gracias al Señor y á su soberana Madre por haberlos libertado de riesgo semejante, y dado á diez ó doce hombres valor y fuerza para resistir á quinientos bárbaros. Atribuíanlo á milagro de la Virgen Lauretana, y se confirmaron mas en esta opinion, viendo que de innumerables flechas de que estaba regado el suelo, ninguna habia tocado á la santa cruz ni al pabellon que servia de tabernáculo á la sagrada imágen. †

Descúbrese la yuca para hacer pan en California.

Al dia siguiente de la batalla descubrieron la yuca de que se forma el casabe, cosa que causó á todos mucho consuelo. Se colmó este con ver entrar al dia siguiente, 15 de octubre, la balandra, y luego á pocos dias la galeota, cargadas de provisiones á costa de la diligencia del padre Salvatierra y de la caridad de los padres misioneros del Yaqui. La balandra desde el tercero dia de navegacion, 12 de octubre, habia desaparecido con seis hombres, y apenas quedaban ya esperanzas de volver á verla. En la galeota venia por compañero del padre Salvatierra, en lugar del padre Kino, el padre Francisco Piccolo, misionero antiguo y visitador que habia sido de las misiones taramaras. Habia obtenido de N. M. R. P. general licencia para pasar á California luego que se diese licencia del Exmo. Sr. virey para aquella expedicion, y así no pudiendo faltar á la Pimería el padre Kino, habia sucedido en este ministerio apostólico. Hasta este tiempo no se habian hecho en California sino muy pocos bautismos. El primero fué el de un cacique del antiguo real de San Bruno. Este mismo dia que desembarcaron los españoles vino á ellos preguntando por el almirante y por los tres padres que habian estado en su compañía: hablaba algunas palabras en castellano y conservaba pocas luces de los misterios de la fé. La desnudez con que venia manifestó á los españoles un horrible y vergonzoso cáncer. Con este motivo se quedaba á dormir dentro del real mientras se instruia perfectamente. Era muy fiel á los españoles, y daba aviso al padre del menor movimiento que ob-

Llega á la Península el padre Piccolo

† Al escribir esta historia, el corazon de un hombre sensible y cristiano se dilata y hace prorrumpir en bendiciones al padre Salvatierra y sus dignos cooperadores. Permítaseme celebrar á estos génius benéficos, recordando que yo fui el que promoví en el congreso la ereccion de un obispado en Californias, uniéndoseme los diputados de aquel departamento en 1836. Que habiéndose demorado el expediente por mil obstáculos que se opusieron, lo activé aun no siendo ya diputado; y finalmente conseguí el que se nombrase de primer obispo al R. P. *García Diego*, que ya va á consagrarse por hacer feliz aquella region. México 19 de setiembre de 1840.—*Carlos María de Bustamante*.

servaba en sus naturales. Se bautizó solemnemente el dia 11 de noviembre con el nombre de *Manuel Bernardo Hó*, que era el que tenia en su gentilidad, y en su idioma significa el *Sol*. A pocos dias se bautizó un hijo suyo de cuatro años, á quien se dió el nombre de *Bernardo Manuel* para satisfacer así á los deseos de los Exmos. Sres. virey y vireina de México que habian pedido al padre Salvatierra fuesen esos los nombres de los primeros que se bautizasen en California. A otros dos párvulos se confirió el bautismo, llamándolos Juan y Pedro, en memoria de los dos insignes bienhechores de la mision *D. Juan Caballero de Ocio* y *D. Pedro Gil de la Sierpe*. Habiendo de volverse la galeota para Acapulco, escribió el padre Salvatierra cartas llenas de reconocimiento, celo y alegria á estos señores, y al Illmo. Sr. D. García de Legaspi, obispo de la Nueva Galicia, á quien confiesa deber mucho aquella mision por haber costado el transporte del padre Francisco Piccolo, y escrito al padre Salvatierra ofreciéndole su amparo y proteccion para el éxito feliz de la conquista. Al padre Juan de Ugarte escribió juntamente una larga relacion que tenemos de su letra, de donde hemos tomado cuanto aquí va escrito.

Bautismo de un cacique.

Sin apartarnos aun de la California, supuesto que los apostólicos sudores de los hijos de la Compañía han dado toda esta vastísima region á Jesucristo y á la corona de nuestros católicos reyes, no seria fuera de propósito decir alguna cosa de la situacion, temperamento ó historia natural de la California, como tambien del génio, carácter, costumbres y religion de sus habitantes; pero en esto está bastantemente satisfecha la curiosidad del público con la obra del padre Miguel Venegas que redujo á compendio el autor de las noticias de California, hombre de gusto esquisito y de feliz esplicacion. Una ú otra cosa pudiéramos añadir por lo que mira á la parte meridional de la California tomada de la curiosa relacion que tenemos manuscrita del padre Ignacio Tyrsk, misionero de aquellas partes; pero lo dejamos para mejor ocasion. En cuanto á los hechos históricos que traen las noticias de California no podemos omitirlos absolutamente; mas habiendo de concurrir en la substancia no dejarán de percibir los lectores atentos que trabajamos sobre materiales mas copiosos y mas auténticos que los que pudo haber á las manos el padre Miguel Venegas, ó su curioso compendiador.

Dijimos antes como por compañero del padre Salvatierra habia sido señalado el padre Eusebio Kino. Este grande hombre que habia

El general de las armas se opone á que el padre Kino salga de la Pimería.

encendido en el ánimo del padre Salvatierra los primeros deseos de aquella empresa, esperaba con impaciencia el instante en que se le concediese la licencia de pasar otra vez á aquellos países. Efectivamente, luego que recibió esta alegre noticia por carta de los superiores y del padre Juan María que le esperaba en Sinaloa, se puso en camino no sin gravísimo pesar de sus amados pimas. Este se manifestó de tantos modos, y eran tales las circunstancias en que se hallaba aquella nueva cristiandad con la vecina sedición de los taramares y sonoras, que el general de las armas D. Domingo Gironza Petrus de Crussat y el padre visitador Horacio Polici tuvieron por conveniente detenerle, y no esponer á tal riesgo á tantos millares de almas que ó ya estaban reducidas á pueblos, ó se reducirían muy breve por los sinceros deseos que manifestaban de recibir el bautismo. Uno y otros escribieron al Exmo. Sr. virey y al padre provincial que el padre Kino era el primer padre de la Pimería, la columna de aquella nueva Iglesia, el consuelo y el defensor de aquellos pobres: que su dulzura, su celo, su actividad, era el vínculo y freno que tenía á raya naciones tan numerosas, y las atraía suavemente al yugo de la fé y de la obediencia: que en la actualidad, no bien apagadas las cenizas del primer motin, no bien depuestas por los capitanes vecinos las sospechas, aunque injustas, que siempre habían tenido de ellos, y solicitados por otra parte de los comarcanos sonoras y otros alzados, seguramente se animarían todos los pueblos en que aunque había otros misioneros, era el padre Kino el ejemplar, el muelle y alma que lo ponía todo en movimiento. En consecuencia de esta representación, se aprobó en México lo obrado por el visitador, y en lugar del padre Kino, pasó á la California el padre *Francisco Maria Piccolo*. Y cuanta verdad fuese lo que se decía del padre Kino, se manifestó mas que nunca en la ocasión presente. Nunca habían recibido los pimas mayor daño de los jocomes y apaches; y nunca sin embargo habían estado mas vivas en algunos españoles las sospechas de que eran amigos de ellos y cómplices de sus robos y hostilidades.

En principio de enero habían quemado el pequeño pueblo de Jesus María: el 25 de febrero se arrojaron sobre el pueblo de Cocospera: en 30 de marzo saquearon la rancharía de Santa Cruz del Cuervo, bien que les costó muy caro el triunfo. El cacique de *Quiburi*, llamado Coro, distante solo legua y media, tuvo aviso de esta invasión, y de la tranquilidad y negligencia con que los bárbaros gozaban el fruto de su

victoria. Al instante con toda su gente, que el general dias ántes había mandado tener pronta, y otros muchos que en busca de padres habían venido desde S. Javier del Bac, voló á Santa Cruz, cercó á los enemigos, y con muerte del principal cacique de los jocomes, llamado *Copoteari*, puso á los restantes en fuga. Los esforzados pimas siguieron el alcance por algunas leguas, sin mas pérdida que cinco de los suyos. De los enemigos murieron cuasi todos cuantos habían quedado en el Cuervo, sin que se les escapasen (dice el padre Kino en relación firmada de su puño) sino seis que iban en buenos caballos, hurtados de Cocospera. El mismo padre dice haber encontrado despues de algunos dias cincuenta y cuatro cadáveres, y en otra parte añade, que los muertos pasaron de ochenta. Un moderno escritor hace subir hasta trescientos el número de muertos, y añade otras circunstancias á esta relación, que no sabemos de donde pudo tomarlas.

Este golpe aseguró por algun tiempo la tranquilidad de la Sonora y Pimería, y aun forzó á los janos á que viniesen á pedir rendidos la paz á D. Juan Fernandez de la Fuente, capitán de aquel presidio. Sin embargo de un servicio tan importante, y una prueba tan incontestable de la fidelidad de los pimas, en este mismo tiempo se esparcieron en toda la Sonora voces de que el padre Kino pedía á los superiores le sacasen de allí con escolta, por haberle querido dar muerte sus indios: se añadía, que el cacique gobernador de Cocospera, llamado D. Francisco Pacheco, había muerto á su muger porque no declarase cierta conspiración que él tramaba contra los españoles. Una y otra mentira se desvaneció bien presto. El padre Kino, por sus cartas, desengañó luego á los padres y capitanes. El cacique Pacheco, trajo su muger á Bacanutzi, y de allí á los Dolores, donde catequizada por el padre Kino, pasó luego á S. Miguel de Toape, donde el mismo dia del Santo, en la fiesta, y en el mayor concurso del pueblo, fué solemnemente bautizada con el nombre de *Nicolasa*, siendo su padrino D. Nicolás de Linzo. No solo estaban en paz y en tranquilidad los indios ya reducidos á población y policía; pero aun de los gentiles sobaipuris, vinieron por segunda vez á fines de setiembre, camino de mas de cien leguas, á pedir padres que les diesen el bautismo. Acompañados del mismo padre Kino, pasaron á Santa María Basieracu, donde se hallaba actualmente el padre visitador Horacio Polici: recibió este con suma complacencia los enviados, y prometió favorecer su pretension. Con este motivo, persuadió al general D. Domingo Gironza, que para

desvanecer enteramente las falsas preocupaciones que impedían la reducción de los pimas, enviase alguna compañía hasta lo mas interior de sus tierras, y explorase la disposición de sus ánimos y reconociese si había en realidad algunos famosos almacenes y corrales, donde se decía que guardaban de concierto con los apaches todo el ganado y demas botin que habían llevado en trece ó mas años de guerra. Accedió el general á la propuesta, y nombró al capitán Cristóbal Martín de Bernal, para que con los tenientes D. Juan Mateo Mange, D. Juan de Escalante, D. Francisco Acuña y D. Francisco Javier de Barcelona y veintidos soldados, fuesen. El éxito de esta jornada, escribe el mismo capitán Cristóbal Martín al padre visitador en estos términos: „Muy reverendo padre: Acabo de llegar de la jornada, que por orden de mi gobernador hice á toda la Pimería en compañía del padre Eusebio Kino, habiendo caminado de día, y de vuelta mas de doscientas sesenta leguas, entrando hasta los últimos sobaipuris del Nordeste, Norte y Nordeste, hasta el rio Gila, y Casas Grandes, y mas adelante hasta los confines de los opas y cocomaricopas. He hallado que toda esta nacion está, no solo muy quieta y muy pacífica, y muy amante de la española, sino tambien muy deseosa de recibir el bautismo, y padres que piden para su instruccion. No hemos hallado el mas mínimo rastro de las caballadas y ganados, que algunos sin fundamento han sospechado y aun siniestramente informado que allá dentro retiraban; antes supimos que en 15 de setiembre, dichos sobaipuris con los otros de S. Javier del Bac, dieron albazo á los jocomes y apaches, en que mataron cuatro y cautivaron dos niños, que ahora me entregaron, y en 26 de octubre los pimas del capitán Coro de Quiburi, habían caido sobre diez y seis de los jocomes y muerto á trece de ellos. En todas partes nos han recibido con muchas demostraciones de alegría, y ofreciéndonos para el bautismo á sus párvulos en número de mas de sesenta, y aun de los adultos se hubieran bautizado muchos, si no lo reusara el padre Kino. Hemos contado cerca de cuatro mil almas. Tienen muy buenas y fértiles tierras, con acéquias, y en algunas partes cogen sus cosechas de trigo, y han hecho casas de adobe y terrado para los padres que piden y esperan.

1698.

Esta expedición dió mucho crédito á lo que tantas veces gritaba el padre Kino; pero aun mucho mas incontestable prueba dieron los pimas de su fidelidad en las invasiones que al siguiente año hicieron en sus tierras los enemigos. El padre Kino, aunque despues de estas fa-

tigas había estado por algunos meses bastante enfermo; sin embargo, apenas mal convalecido trató de una nueva expedición. Noticiosos los superiores en la entrada en California del padre Salvatierra, y de los motivos que había para esperar se perpetuase aquella población, escribieron al padre Kino que reconociese si había por las costas de la Pimería algun sitio acomodado á que pudiesen arribar los barcos de California, y de donde surtirse de alimentos. Esto mismo le encargaba tambien el mismo padre Juan María. A este efecto, en 22 de setiembre, salió de Dolores con el capitán Diego Carrasco y algunos guias y llegó á S. Andrés, de donde habiendo enviado correos á los opatas y cocomaricopas, torció el camino del Poniente con ánimo (dice el mismo padre) de subir un monte que estaba á la vista y divisar las tierras circunvecinas, y si ser pudiese, tambien las marinas. Puesto en camino el día 1.º de octubre, una violenta calentura le hizo volver á S. Andrés. Fué este regreso de mucho consuelo para el padre, por encontrar á su vuelta los cocomaricopas, que aun antes de recibir su embajada habían venido á recibirlo á S. Andrés. Esta nacion es de idioma y trage diferente de los pimas; pero muy semejante á ella en las costumbres, y singularmente en la mansedumbre y docilidad: los cuerpos robustos y bien proporcionados, y aun de mejor semblante. Su constante amistad y parentesco con los pimas, junto con las embajadas que de cinco años les había enviado el padre Kino, les habían hecho desear con ansias el bautismo. El buen misionero los consoló, prometiéndoles hacer cuanto alcanzasen sus fuerzas para el logro de sus deseos, y creado gobernador, capitán y fiscal, los despachó contentos á sus tierras. De aquí pasó la caravana á S. Rafael de Actun, donde tomado el sol con el astrolabio, se halló el padre Kino en 52 grados de altura del sol. Esta observacion puede servirnos para corregir, como hemos procurado hacerlo, todos los antiguos mapas de la Pimería, puesto que siendo en S. Rafael la altura del sol de 52 grados, y siendo por principios de octubre, en que se hizo la observacion de 7 á 9 de 50º 29' 15, se hallará que dicha población debía ponerse justamente en 32º 30' 45 de altura del polo.

Recibe el padre Kino á los cocomaricopas.

Declinacion del sol.

Llegados á S. Mateo (digo S. Marcelo de Soroydad) subió el padre á un cerro que llamó de Santa Brígida, por ser en su día, desde donde (dice) divisamos el muy cercano mar de California, con un puerto ó bahía, que segun su altura de 23½, poco mas, debe ser el que los antiguos cosmógrafos en sus mapas, llamaron de Santa Clara; tiene la en-

Altura del polo de S. Rafael.